



Guadalupe Curiel Defossé

“Ernesto de la Torre Villar en la Biblioteca Nacional de México”

p. 79-96

Un hombre de libros: homenaje a Ernesto de la Torre Villar

Alicia Mayer (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

258 p.

Fotografías, croquis y cuadros

ISBN 978-607-02-2781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/559/hombre_libros.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ERNESTO DE LA TORRE VILLAR EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO

GUADALUPE CURIEL DEFOSSÉ

La Biblioteca Nacional de México representa uno de los frutos mejor logrados de la república liberal.

Surge de los esfuerzos de hombres ilustrados para acrecentar el desarrollo cultural del país, indispensable para que éste adquiera una solidez científica y humanística al parejo de su desarrollo político, económico y social.*

Cuando se habla del maestro Ernesto de la Torre Villar no basta con mencionar la gran diversidad de trabajos intelectuales y académicos de gran calidad y relevancia que realizó, sino que además debe destacarse su intensa y continua labor como director y fundador de numerosas instituciones dedicadas al estudio de la historia de México, o a la custodia de nuestra valiosa memoria bibliohemerográfica y documental.

Sin duda alguna su erudición, amplitud de intereses —escribió sobre temas relacionados con la pedagogía, el arte, la sociología, la religión, la política, etcétera—, su vasta producción libresco y su notable capacidad de unir el pensamiento y la acción lo convertían en el candidato idóneo para dirigir algunas de las instituciones más emblemáticas de nuestro país.

El 31 de agosto de 1965 —por recomendación del doctor Ignacio Chávez Sánchez, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México— Ernesto de la Torre Villar tomó posesión como director interino de la Biblioteca Nacional, debido al fallecimiento (ocurrido el 14 de junio de 1965) del investigador y genealogista Guillermo S. Fernández de Recas, quien a la vez sustituía en el cargo al doctor

* Ernesto de la Torre Villar, “Cien años de la Biblioteca Nacional”, en *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, 3a. época, núm. 977 (10 dic. 1967), p. 1.

Manuel Alcalá, nombrado embajador plenipotenciario de México ante la UNESCO en abril del año citado.

El destacado historiador y humanista poblano vislumbró con rapidez las mejoras y la proyección que podía otorgar al máximo repositorio bibliográfico, para que éste recobrarla la grandeza adquirida en las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX gracias a los afanes e iniciativas de don José María Vigil —que fue nombrado oficialmente director de la institución desde 1867, pero asumió el cargo hasta finales de noviembre de 1880—, quien había enfatizado la imperiosa necesidad de constituir formalmente un acervo bibliográfico nacional:

Apenas México consumó su independencia, y adoptando instituciones liberales en armonía con el espíritu del siglo, comenzó a promover cuanto era conducente para difundir la instrucción en todas las clases sociales, surgió la necesidad de formar una gran Biblioteca Nacional, a ejemplo de las que existen en todas las naciones cultas y que ocupan un lugar prominente entre sus más valiosos monumentos.¹

El 24 de octubre de 1833 el vicepresidente Valentín Gómez Farías, encargado interinamente del gobierno de la república mexicana, fue quien expidió el primero de los decretos para el establecimiento “en la ciudad federal de una Biblioteca Nacional pública”, a instancias de la Junta Superior de Educación, eficaz órgano de reforma educativa entre cuyos integrantes destacan José María Luis Mora,² Manuel Eduardo de Gorostiza, José Bernardo Couto y Andrés Quintana Roo.

A la iniciativa de este grupo de liberales siguieron los decretos de 1846, obtenidos del presidente José Mariano Salas por José María Lafragua —primer director del establecimiento, apoyado por el bibliotecario José María Benítez—, y el del 14 de septiembre de 1857, cuando el presidente Ignacio Comonfort suprimió la restablecida Universidad de México y destinó ese edificio, los libros,

¹ José María Vigil, “Inauguración de la Biblioteca Nacional. Informe del director”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, primera época, t. 1, n. 2 (31 ago. 1904), p. 20.

² De la Torre Villar —que dirigió de 1981 a 1984 el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, consagrado a la historia y las ciencias sociales y fundado en 1981 por decreto presidencial— destaca los esfuerzos integrales de este ilustre pensador: “Más sistemático y profundo, verdadero ideólogo y promotor de la cultura mexicana, fue el doctor José María Luis Mora. Creía con firmeza en el poder de la educación como fuerza de transformación social y luchó por instaurar un sistema educativo que a la vez que instruyera en las letras, ciencias y artes a los individuos, formara su carácter, su conciencia, los hiciera miembros útiles de la sociedad y del estado”. *Elogio y defensa del libro*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1990, p. 32.

fondos y el resto de los bienes universitarios a la formación de dicha biblioteca.

Sin embargo, debido a la intervención francesa en nuestro país, no fue sino hasta el 30 de noviembre de 1867 cuando el presidente Benito Juárez instituyó de manera definitiva la Biblioteca Nacional en la antigua iglesia de San Agustín, y la inauguración oficial tuvo lugar hasta el 2 de abril de 1884.

El 30 de noviembre de 1967 —apenas dos años después de haber tomado posesión del cargo como director—, durante la ceremonia conmemorativa del primer centenario de la Biblioteca Nacional, don Ernesto de la Torre Villar pronunció un ejemplar discurso que incluía el penetrante y bien documentado análisis acerca del pasado y presente de la misma, un discurso en el cual llamaba particularmente la atención sobre la necesidad de dotarla con todas las condiciones requeridas para su seguridad, preservación, crecimiento, modernización y desarrollo en el futuro.

Don Ernesto, además de referirse a la Biblioteca Nacional como “uno de los frutos mejor logrados de la república liberal”, agregó que no se trataba de “una institución pasiva que respond[ía] a limitados intereses, sino que desempeña[ba] un activo papel, no sólo al cumplir con las peticiones de la Universidad y de diversas instituciones de cultura, sino al prever la necesidad de prestar servicios”,³ y mencionó que le correspondía a esta institución

completar con su acervo y con su servicio la labor de enseñanza e investigación que se realiza en las instituciones de alta cultura. De ahí la imperiosa necesidad de contar no sólo con el rico patrimonio bibliográfico legado del pasado, sino con la producción científica y humanística del presente y el futuro. La Biblioteca Nacional debe estar abierta en sus recursos, equipo y personal a las imperiosas urgencias que el progreso y el desarrollo del país imponen. Las supremas autoridades en quienes recae la responsabilidad de acrecentar la cultura patria y atender al diario crecimiento del pueblo, tienen como misión impostergable preocuparse por dar a una nación ávida de cultura la posibilidad de adquirirla. Ningún esfuerzo por más amplio que sea, ningunos recursos por importantes que parezcan, serán demasiados para dotar a nuestras bibliotecas de los libros y del personal capacitado que requieren para su labor.⁴

³ “Palabras del director de la Biblioteca Nacional, Ernesto de la Torre Villar, pronunciada en la ceremonia conmemorativa del primer centenario de la Biblioteca Nacional, 30 de noviembre de 1967”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, t. I, n. 2 (jul.-dic. 1969), p. 18.

⁴ *Ibid.*, p. 23.

De la Torre Villar tenía presentes las vicisitudes históricas que obstaculizaron y truncaron el pleno desarrollo del máximo reservorio bibliográfico nacional; además, como individuo él contaba con las aptitudes, el empuje, la visión panorámica (para conjugar y equilibrar el pasado, el presente y el futuro), el deseo de contribuir, la apertura mental y los conocimientos vastos y profundos que se requerían para proyectarla hacia la modernidad.

Conocedor de la historia, don Ernesto de la Torre sabe que los procesos sociales no pueden forzarse por la simple voluntad de quienes en ellos participan. Sabe también que, sin embargo, los movimientos emprendidos en una dirección sí pueden desviarse o alterarse por la acción de muchos que lo intentan. Asume, pues, la certidumbre de la incertidumbre del acontecer humano. Por ello, convencido de la imposibilidad de la predicción exacta en el acontecer histórico, entiende también, y lo aplica, que sólo el conocimiento más amplio y más profundo de la realidad social, en todas las épocas y en todos los sitios, puede permitir una mejor comprensión de nuestra vida actual.⁵

Una vez que tomó las riendas de la Biblioteca Nacional, De la Torre Villar se concentró en la planeación de cambios significativos que beneficiaran también a la Hemeroteca Nacional, institución formalmente creada apenas un par de décadas atrás.

Consciente de la gran tradición y riqueza bibliohemerográfica de México, don Ernesto no dudó en sumergirse de lleno dentro del cuantioso acervo nacional, con objeto de desentrañarlo, organizarlo y dar a conocer su valor.

El tránsito de Ernesto de la Torre Villar —en calidad de alumno, maestro, funcionario e investigador— por diversas universidades y escuelas, bibliotecas y archivos en Francia, Portugal, Italia, España, Bélgica, Estados Unidos, Puerto Rico, Cuba y Guatemala no sólo le despertó el amor por el libro, “feliz conjunción entre la idea y la forma”, como objeto transmisor de los conocimientos y de la cultura, sino que también le permitió aprender sobre la estructura y la organización de los reservorios bibliográficos, además de entender su vital importancia en el desarrollo cultural de los pueblos.

Respecto a la cultura impresa y su indudable relevancia en el transcurso del tiempo, De la Torre Villar reflexionó en los siguientes términos, al finalizar el año de 1998:

⁵ Andrea Sánchez Quintanar, “Para honrar a quien honor merece”, en *De la vida y trabajos: sea este libro un homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar a sus ochenta y ocho años de edad*, México, UNAM, IIB, BN, HN, IIH, FFyL, 2005, p. 152.

Estoy convencido que ya casi por finalizar el siglo, es necesario ocuparse de él, mostrar y valorar el papel que el libro, los diarios y revistas, en fin la letra impresa ha tenido y sigue teniendo. Los cambios substanciales que el desarrollo tecnológico impone, las formas económicas que en ocasiones traban y aun destruyen las iniciativas particulares, imponiendo complicados sistemas de producción y mercantilización de los libros, han modificado [su] desarrollo [...], su elaboración, edición y circulación. Esto lo tenemos que mostrar y por ello me hallo empeñado en ese trabajo que tendrá que renovar o acrecentar lo que se sabe.⁶

Por otra parte, don Ernesto no limitó sus proyectos, propuestas e iniciativas únicamente al desarrollo interno, la reorganización y la reestructuración de la Biblioteca Nacional, pues comprendía que los objetivos que fueron asignados por la UNESCO a las bibliotecas nacionales desde 1958 —entre los cuales se encontraban la recopilación, la preservación y la difusión de la producción bibliográfica generada en el país— rebasaban con mucho el ámbito local.

Del mismo modo, De la Torre Villar tenía claro que para cumplir con los cometidos de ofrecer la colección bibliográfica de la Biblioteca Nacional al desarrollo cultural del país, ésta debía encontrarse debidamente organizada, por lo cual emprendió el proyecto de la catalogación de la colección, de acuerdo con las últimas recomendaciones, normativas y reglamentos de la época.

La UNESCO disponía las formas para difundir este patrimonio bibliográfico fuera de la Biblioteca, a través de bibliografías locales y nacionales, razón por la cual don Ernesto retomó el proyecto dedicado al registro de la producción bibliográfica a partir de las etapas iniciales de su estudio en México, una labor que había sido realizada por el Instituto Bibliográfico Mexicano, fundado en mayo de 1899 y que estuvo a cargo de la Biblioteca Nacional.

La creación de este instituto y el registro de la producción bibliográfica científica dieron gran impulso a la corriente bibliográfica en México y produjeron varios frutos importantes, tales como

⁶ De la Torre Villar, "Prólogo a la tercera edición", en *Breve historia del libro en México*. México: UNAM, 1999, p. [12]. Cabe agregar aquí que esta obra compendia, con gran claridad y una visión panorámica, cuatro siglos y medio de la historia del libro en nuestro país, retomando sus orígenes, antecedentes y elementos fundamentales: las condiciones socioeconómicas y culturales que propiciaron la aparición de la escritura y la imprenta —cuyo establecimiento en América data de 1539, y ocurrió en México—, el reconocimiento de la relevancia de los otrora menospreciados códices prehispánicos o manuscritos "cogidos a dobleces", la presencia de los primeros impresores y libreros en Nueva España (Juan Pablos, socio de Juan Cromberger, Antonio de Espinosa y Pedro Ocharte), así como el contenido ideológico, las formas de elaboración, la normatividad, las motivaciones y la finalidad de los libros publicados, de acuerdo con el transcurso de los periodos históricos.

la publicación del *Repertorio Bibliográfico Mexicano*, de Vicente de P. Andrade, al igual que un sinnúmero de bibliografías de carácter especializado.

El segundo Instituto Bibliográfico Mexicano fue constituido en 1958 por distinguidos bibliógrafos de la talla de Ignacio Mantecón Navasal y Agustín Millares Carlo, quienes retomaron el registro de la producción bibliográfica corriente que llegaba a la Biblioteca Nacional, toda vez que era previamente registrada en los catálogos.

Con el registro de la producción bibliográfica se empezó a generar el *Anuario Bibliográfico* (1958-1964), gracias a los esfuerzos de un grupo de investigadores dedicados especialmente a ello, que formaron un departamento anexo a la Biblioteca Nacional. Este proyecto también fue retomado por don Ernesto con la llamada *Bibliografía Mexicana*, cuya primera época apareció entre 1967 y 1978.

El director de la Biblioteca Nacional promovió asimismo el registro de la producción bibliográfica estatal, el cual quedó consignado en las *Guías bibliográficas* de los escritores de las diversas entidades del país,⁷ pues a su juicio debían generarse repertorios bibliográficos de tipo especializado, lo cual enriqueció aún más el registro bibliográfico y se obtuvieron resultados relevantes; entre las guías que se produjeron bajo su coordinación destacan las correspondientes a los estados de San Luis Potosí, Jalisco y el Estado de México.⁸

A partir de este proyecto se planteó otro con objeto de llevar a cabo estudios sobre algunos temas que fueran de interés para México, de lo cual emanó a la vez la monumental obra titulada *Fuentes para la historia contemporánea de México*.

De la Torre Villar fomentó la publicación de obras con temática diversa, como los *Mayorazgos de la Nueva España*, de Guillermo Fernández de Recas; el *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano, 1822*, de Tadeo Ortiz de Ayala, y la *Bibliografía general de don Justo Sierra*, en colaboración con Ignacio Mantecón Navasal, Ignacio Osorio Romero e Irma Contreras García.

⁷ Al respecto, cabe mencionar que actualmente se encuentra en proceso una coedición —entre los Institutos de Investigaciones Bibliográficas e Históricas— del último volumen de esta serie, que todavía fue coordinado por don Ernesto: la *Biobibliografía de los escritores de Puebla y Tlaxcala*, con cerca de 800 páginas.

⁸ “Al doctor De la Torre le correspondió la transición institucional para que la Biblioteca Nacional se insertara en la estructura de la UNAM dentro del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, lo cual dio la posibilidad de consolidar y ampliar los proyectos de investigación: Uno de ellos fue el de la biobibliografía de los escritores de México”. Véase Gabriel Gutiérrez Pantoja, “El proyecto biobibliográfico de Ernesto de la Torre Villar”, en *De la vida y trabajos...*, p. 44.

Sobresale asimismo el inicio de la elaboración, encomendada a la última investigadora mencionada, de los catálogos sobre los libros dedicados a la enseñanza de los indios y al aprendizaje de sus lenguas, como son los dos tomos de la *Bibliografía sobre la castellanización de los grupos indígenas de la república mexicana, siglos XVI al XX*.

Por otra parte, en el transcurso de 1967 se llevó a cabo una serie de reformas al Estatuto General de la Universidad Nacional Autónoma de México, las cuales reorganizaron las dependencias dedicadas a la investigación en dos consejos técnicos: el de Investigación Científica y el de Humanidades.

El recién creado Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB) fue adscrito al Consejo Técnico de Humanidades y, a partir de entonces, la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Nacional —que habían sido confiadas por el gobierno mexicano a la Máxima Casa de Estudios en 1929 y desde entonces formaban parte de la estructura universitaria— quedaron, a su vez, subordinadas a este nuevo instituto para su administración, agregándole así a sus funciones académicas regulares, comunes a los otros institutos universitarios, la peculiaridad de además proporcionar servicios al público.

De esta manera se consideraba que la Biblioteca Nacional otorgaría mayor atención a sus “labores científicas largamente acreditadas, puesto que sus finalidades —se decía— son mucho más vastas y ambiciosas que las de una guardiana de libros y periódicos”.

Todos los proyectos emprendidos dieron a Ernesto de la Torre Villar los fundamentos necesarios para promover la formación del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, creado el 26 de julio de 1967 con el fin de celebrar el primer centenario de la consolidación del proyecto de la Biblioteca Nacional —que precedió al triunfo de la República en 1867—, durante la presidencia de Benito Juárez.

De tal manera en 1967 Ernesto de la Torre Villar, en su calidad de director en funciones de la Biblioteca Nacional, quedó al frente del nuevo instituto y pasó a ser su primer director, actividad que desempeñó impecable y cabalmente hasta el 7 de marzo de 1978.

Afirmaba don Ernesto que el recién creado instituto se convirtió en el “centro coordinador del trabajo bibliográfico tanto del país como de la propia Universidad”,⁹ encargo que ampliaba con creces su encomienda, la cual sin embargo fue constantemente obstruida y resultó disminuida debido a “razones imponderables y crecimientos vertiginosos”.

⁹ De la Torre Villar, “Autobiografía”, en *ibid.*, p. [5].

Pensaba que no sólo la Universidad Nacional sino el país entero estaba obligado a conservar y preservar el rico patrimonio bibliográfico de México en contra de cualquier tipo de destrucción y disminución, pero que además existía la obligación fundamental de acrecentarlo; este acrecentamiento debía ser continuo y eficaz, con objeto de que la Biblioteca Nacional pudiera cumplir satisfactoriamente con los altos fines para los que había sido creada.

En muy poco tiempo De la Torre Villar logró integrar una planta de académicos y bibliotecarios, con la cual se proponía realizar trabajos específicos de investigación e iniciar el registro de la producción bibliográfica mexicana.

Gracias a las labores conjuntas del director del IIB y de los investigadores adscritos en los nuevos programas y proyectos enfocados en la bibliografía y la bibliotecología dentro de la nueva dependencia universitaria,¹⁰ vieron la luz publicaciones como la *Lista de encabezamientos de materia* y el *Manual de metodología y técnica bibliográfica*, de Gloria Escamilla González; el *Índice de nombres latinos de ciudades con imprenta, 1448-1825*, de José Ignacio Mantecón Navasal, Irma Contreras García e Ignacio Osorio Romero; el *Método de restauración de libros y documentos*, de Helena Beristáin de Salinas, y el *Catálogo de incunables de la Biblioteca Nacional de México*, de Jesús Yhmoff Cabrera, al igual que varios capítulos traducidos de las *Reglas de catalogación angloamericanas*, también de Escamilla González, obras que otorgaron a la Biblioteca Nacional un sitio relevante en el desarrollo bibliográfico y bibliotecológico de nuestro país.

En cuanto al *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, don Ernesto de la Torre Villar le otorgó continuidad y posibilitó su reconocimiento internacional en el ámbito de la bibliografía. Se trata del órgano oficial de difusión académica encargado de recoger la tradición bibliográfica y bibliológica nacional, por lo cual cuenta ya con una amplia y considerable trayectoria: son sus antecedentes el *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano* fundado por Nicolás León en 1902 y retomado por José María Vigil con el título de *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, que llevó de 1904 a 1929 y de 1950 a 1967, hasta que en 1969 esta publicación periódica finalmente adoptó su nombre actual.

¹⁰ Para llevar a cabo las iniciativas descritas se contó con nuevos recursos humanos, gracias al apoyo de la Universidad Nacional Autónoma de México; este personal fue ubicado en diferentes áreas y servicios, y conformó un cuerpo de investigadores de carrera, el cual se sumó al que ya laboraba en la institución.

Los logros se vieron reflejados en la producción de obras, al igual que en el funcionamiento cotidiano de la Biblioteca y la Hemeroteca nacionales; las cifras de los usuarios lo demostraban —como lo empezó a hacer notar el director—, pues los servicios vanguardistas tales como el préstamo interbibliotecario, la formación del catálogo, la restauración de obras, la incorporación de un programa sobre catalogación en la fuente, otras tareas menores y una colección de más de 800 mil volúmenes en servicio así lo avalaban y comprobaban.

Por todo lo anterior, don Ernesto solicitó un nuevo local que permitiera ampliar y mejorar los servicios de la Biblioteca Nacional. Al respecto, consideraba que:

si la República que surgió de una guerra destructora que había aniquilado al país y consumido los escasos recursos que por entonces poseía, pudo encontrar los medios para erigir esta institución en la cual quedaría cimentada la cultura nacional que hoy nos enorgullece, cómo no ha de ser posible que en nuestros días que vivimos en pleno desarrollo y con mejores y mayores medios, no puedan arbitrarse los fondos para ampliar a esta institución dotándola de un edificio contiguo que pueda tener holgadamente capacidad para varios millones de volúmenes, y también para mejorar en México el sistema bibliotecario...¹¹

Cabe reconocer, además, que durante su administración se adquirieron varias colecciones bibliográficas de gran importancia, que enriquecieron el ya de por sí valioso acervo de la Biblioteca Nacional, entre las cuales se encontraban los archivos de Tenencia de la Tierra en la Provincia de Puebla, los de Ángel María Garibay, Gerardo Murillo y Agustín Rivera y Sanromán, así como las bibliotecas del licenciado Hilario Medina González, con 4 000 volúmenes, más otros opúsculos y folletos; la de don Luis G. Miranda, con 1 700 volúmenes, manuscritos y mapas sobre Filipinas y otras materias; la de Vicente T. Mendoza, conformada por obras folclóricas y la del teniente coronel Silvino González, más de 9 000 volúmenes relacionados principalmente con la Revolución; se adquirieron asimismo la biblioteca de la Academia de San Carlos y la de Rafael Heliodoro Valle y su esposa, Emilia Romero de Valle; la colección iconográfica de Francisco J. Mújica, y la de Díez de Bonilla, acerca de zonas arqueológicas.

De la Torre Villar puso particular interés en los fondos que no suelen encontrarse en todas las bibliotecas, y cuya existencia en la

¹¹ De la Torre Villar, "Palabras del director...", en *op. cit.*, p. 24.

Biblioteca Nacional obedecía a razones históricas o bien debido a la atención prestada por sus antecesores en el cargo, enfocada en asuntos muy específicos.

Así, con el apoyo y la colaboración de un pequeño pero entusiasta grupo de investigadores, don Ernesto se ocupó de la organización, la clasificación y el registro de las colecciones de manuscritos y obras raras y curiosas (incunables, materiales únicos, ediciones príncipe, folletería singular, etcétera), es decir que durante su administración se prestó especial cuidado al acervo más valioso que en ese entonces resguardaba la Biblioteca Nacional.

Ernesto de la Torre Villar no sólo fue director e impulsor de la Biblioteca Nacional, también fue el maestro y el amigo estimado, pues aplicó esos dones suyos para alcanzar la concreción y el desarrollo de todos los programas que se propuso y llevó a feliz término: tanto en los pasillos como en su oficina se podía encontrar al consejero, al maestro y al amigo siempre dispuesto a escuchar, a enseñar y a esclarecer las dudas, aunque sin dejar de fomentar el desarrollo de las capacidades analítico-sintéticas individuales.

Durante su gestión la Biblioteca Nacional traspasó fronteras, ya que —para estar al tanto de los avances bibliotecológicos en Europa y América— se promovió y difundió la participación en diversas actividades académicas, al igual que en las reuniones de directores de bibliotecas nacionales celebradas en Canadá (Ottawa, 1974) y en Noruega (Oslo, 1975), donde se suscribieron importantes convenios de colaboración en ese campo.

La Biblioteca Nacional se integró asimismo a la Association Internationale de Bibliophilie, con sede en París, y al Consejo Internacional de Bibliografía del Centro Internacional de Ciencias y Humanidades de la UNESCO, lo cual le dio la posibilidad de participar en la toma de decisiones relevantes dentro del ámbito bibliotecológico.

El contacto cotidiano con las bibliotecas, los libros y el trabajo bibliográfico hizo de don Ernesto de la Torre Villar un experimentado bibliógrafo y bibliófilo. Prueba de ello son las siguientes obras, entresacadas sólo a manera de ejemplo, de su vasta y variada producción: *Elogio y defensa del libro*, que rescata y da a conocer un discurso —sólo un fascículo de apenas 14 fojas, “breve pero sustancioso”— del erudito del siglo XVII don Juan Bautista Valenzuela Velázquez,¹² tomado del Fondo José María Lafragua de

¹² Respecto al interés de esta valiosa defensa, que guarda una relación muy estrecha con la historia del libro y las bibliotecas, menciona De la Torre Villar que siendo “un amante

la Biblioteca Nacional; la *Metodología de la investigación: bibliográfica, archivística y documental*, escrita con la colaboración de Ramiro Navarro de Anda; *Breve historia del libro en México*, donde De la Torre Villar enfatiza el valor de este singular instrumento en calidad de elemento difusor de la cultura; *La arquitectura y sus libros. Guía bibliográfica para la historia y desarrollo de la arquitectura y el urbanismo en México*, escrita con Jorge Guerra Ruiz; *El libro en México. Das Buch in Mexiko* —con la colaboración de Arturo Gómez Camacho, un catálogo que acompañó la exposición organizada en coordinación con la embajada de la República Federal Alemana—; *Ex libris y marcas de fuego* y *El libro de arte en Bélgica*.

Las agudas y atinadas reflexiones de don Ernesto en torno a “el más patente motor de la historia” son tan ricas y profundas, persistentes e incontables, que en ocasiones resulta difícil tratar de citar la más adecuada para el caso:

Un libro fundamental representa la eclosión cultural más perfecta. Es la expresión de infinitos aportes que numerosas generaciones e individuos hacen a una rama del saber universal y que en el libro cristaliza. Cuando una cultura alcanza su madurez, uno de sus exponentes emite a través de un libro el concepto que ésta tiene sobre aspectos generales o particulares del conocimiento. El libro puede concentrar armoniosamente y en forma total las corrientes intelectuales que apoyan tal conceptualización, pero también unificar las discrepancias existentes convirtiéndose así en un rechazo crítico a la ideología, estructura social y económica existentes.¹³

En las vívidas descripciones que don Ernesto ofrece respecto al libro, sobresale el lugar que le otorga como factor de cohesión,

“fervoroso de los libros” el doctor Valenzuela Velázquez: “lo hizo suyo pues le incumbía sobremanera ya que se trataba de la cultura, de la ilustración del pueblo, de la libre circulación de las ideas, de la libertad de imprenta y la defensa del libro, tanto de su sustancia y contenido, esto es del pensamiento, de su expresión humana, como también del libro como medio de comunicación, como instrumento de información, como transmisor valioso y eficaz que había que salvaguardar. El libro para él [igual que para don Ernesto de la Torre Villar] representaba una invención maravillosa del hombre, un objeto valiosísimo que condensaba cultura material y espiritual a la vez”. En cuanto a los planteamientos relacionados con la utilidad de las bibliotecas, el doctor De la Torre Villar sin duda retomó —y aplicó— lo siguiente del citado discurso de Valenzuela Velázquez: “Y si las universidades y colegios son necesarios para fomentar el saber, también lo son las bibliotecas en donde se conservan los tesoros del pensamiento humano desde sus años más remotos. Una biblioteca es un arsenal de la sapiencia y es algo que no debe faltar en estado alguno. Los señores, como ha ocurrido desde la antigüedad, deben instituir las, favorecerlas y acrecentarlas”. *Elogio y defensa del libro*, p. 98, 105, 111.

¹³ De la Torre Villar, *Breve historia del libro en México*, p. [75].

crecimiento y concreción, siempre presente y atento, palpitante y latente, casi dispuesto a saltar con objeto de ser partícipe del cambio o bien para promoverlo, ya sea como instrumento de expresión y difusión o en calidad de filosa arma de combate:

Muchas persecuciones se han desatado contra el libro, que es pensamiento no fosilizado o muerto, sino vivo y actuante. La materia en que ese pensamiento está materializado, impreso, podrá ser destruida, mas él permanecerá vivo, ejercerá su acción transformadora, pues el pensar significa [tanto] engendrar ideas nuevas como modificar las ya existentes. Piedra, madera, papiro, pergamino, papel, película, cinta electrónica son materiales vulnerables en los que se encierran conceptos espirituales e intelectuales indestructibles que pueden vivir y expandirse, como lo hicieron durante varios siglos, sin necesidad de ellos.¹⁴

Algunas de las obras del doctor Ernesto de la Torre Villar fueron escritas, como él mismo lo señaló, con especial dedicación y estaban enfocadas al apoyo de las actividades y la organización de la Biblioteca Nacional, para colocarla así —al igual que al país— a la vanguardia del desarrollo bibliotecológico, pues se trata de libros de gran utilidad para muchas de nuestras bibliotecas y que además han contribuido a la profesionalización de los especialistas en esta disciplina.

Asimismo, entre el vasto quehacer intelectual llevado a cabo por Ernesto de la Torre Villar destaca su sistemática labor como prologuista. Más de treinta textos —entre prólogos, introducciones, presentaciones, estudios introductorios y advertencias o palabras preliminares— constituyen tan sólo una muestra de los profundos conocimientos que poseía sobre una gran diversidad de temas, concernientes lo mismo a la historia y a las letras mexicanas que a la bibliología y la bibliografía.

En lo que respecta a la historia mexicana, su sabia pluma se ocupó de prologar obras relacionadas con nuestro siglo XIX, tales como *El pensamiento insurgente de Morelos*, de Agustín Churrua Peláez; *La ciudad de México*, escrita por José María Lafragua y Manuel Orozco y Berra; *Historia de la guerra de Méjico desde 1861-1867*, de Pedro Pruneda, y *Polotitlán de la Ilustración en el Estado de México: un caso de colonización y fundación de pueblos en el siglo XIX*, de Ignacio González-Polo y Acosta.

El maestro De la Torre Villar también se hizo cargo de introducir a sus lectores en los textos históricos de José Fernando Ramírez,

¹⁴ De la Torre Villar, *Elogio y defensa del libro*, p. 14.

Guillermo Prieto, Luis Castillo Ledón y José C. Valadés, además de otros como *Las estatuas de la Reforma*, de Francisco Sosa, y *Santa Anna, espectro de una sociedad*, de Agustín Yáñez, obras en las cuales también quedó reflejado e impreso su gusto por esa simbiosis entre historia y literatura que es la biografía.

Algunas de las obras que prologó se encuentran a caballo entre el quehacer histórico y el literario, tal es el caso de las *Aproximaciones históricas: Independencia e intervenciones extranjeras*, de Luis Rublúo, o de *El temor de Hernán Cortés y otras narraciones de la Nueva España*, de Francisco Monterde García Icazbalceta; en esta última, De la Torre Villar precisa que, aun cuando el autor no pretendió hacer historia ni leyenda: “con una supuesta base histórica escribió una serie de cuadros de narraciones, en los que importa no la certeza del hecho, ni la auténtica existencia de la persona, sino la elevada creación poética que se da en ellos”.

Su ferviente y constante dedicación a la causa de Clío lo llevó a publicar diversas ediciones de fuentes que resultan fundamentales para el conocimiento y difusión de la historia de México.

Sobre su labor de selección y compilación documental, al igual que de los prólogos e introducciones que escribió para este tipo de obras, dan cuenta algunos volúmenes, como: *Coahuila, tierra anchurosa de indios, mineros y hacendados*; *El trópico michoacano: hombres y tierra*; la *Relación histórica de la colonia del Nuevo Santander*, de Vicente Santa María; el *Theatro angelopolitano o historia de la ciudad de Puebla*, de Diego Antonio Bermúdez de Castro; las *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos*; la *Correspondencia Juárez-Santacilia: 1858-1867*, y los *Viajes por el interior de México en 1825, 1826, 1827 y 1828*, del teniente británico Robert William Hale Hardy.

Mención aparte merecen sus ya clásicas, trascendentales e imprescindibles *Lecturas históricas mexicanas*, las cuales en cinco volúmenes presentan una muy desarrollada y clara visión historiográfica de México puesto que reúnen, dan cuenta y analizan una gran diversidad de temas del México prehispánico, colonial, decimonónico y contemporáneo.

Bibliófilo, bibliólogo y bibliógrafo conocedor y comprometido, don Ernesto de la Torre Villar escribió también numerosos estudios sobre el vehículo de conocimiento por excelencia:

El libro, medio y forma más preciso y perfecta por los cuales el pensamiento humano a través de la escritura se conserva y transmite entre los hombres, es a la vez defensa y amenaza. Defensa de la inteligencia,

del espíritu, de la capacidad de los seres racionales para expresar su pensamiento, sus ideas preñadas de emociones, de intelecciones explicativas del propio hombre y de su mundo circundante, de juicios en torno de la conducta propia y ajena, y del pensar particular y de los demás, de todo lo cual contiene. Amenaza para quien trata de limitar el pensamiento y su expresión, para quien teme el enjuiciamiento de una conducta reprochable, o de la condenación de bastardos intereses. Defensa del hombre en su calidad esencial y amenaza contra quien o quienes por cualquier razón se oponen al desarrollo completo e integral de las cualidades humanas.¹⁵

Como ejemplo, baste mencionar el erudito ensayo, las notas y los apéndices que suman más de trescientas páginas en las cuales prevalece el análisis y que acompañan la edición en cuatro volúmenes, preparada por De la Torre Villar, de la *Bibliotheca Mexicana* del polígrafo Juan José de Eguiara y Eguren,¹⁶ compendio primordial sistematizado —si bien todavía permanece inconcluso— de la cultura y las letras mexicanas.

Don Ernesto de la Torre Villar —doctor y maestro— vio la luz en Tlatlauqui, Puebla, el 24 de abril de 1917 y falleció en México, Distrito Federal, el 7 de enero de 2009.

Fue un gran mexicano, un ilustrado, un incansable luchador, un amante de los libros como expresión concreta de la cultura de una sociedad. Alguien que supo cristalizar y armonizó su amor por la patria con su propia obra e intereses,¹⁷ y que fue capaz de reflejarlos

¹⁵ De la Torre Villar, *ibid.*, p. 13. Por otro lado, don Ernesto agrega respecto a su calidad de herencia, de estafeta portadora de continuidad cultural, que: “Hablar del libro es hablar del conocimiento que millones de seres han elaborado durante largos milenios. Es penetrar en la magia del pensamiento humano ilimitado e ilimitable, en la concreción por parcelas del saber formado por la inteligencia y la razón de los hombres desde hace muchos siglos y expresado y transmitido mediante el sistema simbólico del lenguaje, ya que es el lenguaje el elemento modelante de todos los fenómenos culturales, y al decir lenguaje, diremos también de la escritura, que es la forma mediante la cual aquél se materializa”, véase *Breve historia del libro en México*, p. [23].

¹⁶ A decir de don Ernesto: “uno de los pocos grandes sabios que México ha tenido”, defensor y exaltador de la cultura mexicana ante “los ataques de ignaros escritores europeos, en los preciosos prólogos de la *Biblioteca mexicana* —preciosos por la belleza y sabiduría que rezuman—”; Eguiara y Eguren ocupó el cargo de rector de la Universidad de México, fue uno de los hombres más ilustres de su tiempo, escribió esta “summa” en latín y afirmó que nuestra cultura “arranca tanto de las raíces indígenas como de las europeas aportadas por los españoles”, véase *ibid.*, p. 36, 79.

¹⁷ Sobre su amor por el libro don Ernesto expresó en 1987 lo siguiente, que también nos permite conocerlo mejor, al entrever más características acerca de su personalidad: “La específica naturaleza, el carácter retraído propio del que se encierra en la lectura y goza y se complace en escuchar la voz que brota de cada hoja del libro, voz que impulsa la imaginación y la hace recrear situaciones y personajes diversos, con lo cual se vive una vida interior más intensa y se satisface espíritu e intelecto, me impulsó desde niño a amar al libro, a entregarle

tanto en sus enseñanzas como en las diversas actividades que llevó a cabo durante el transcurso de una vida plena.

Sensible y sencillo, siempre con buena disposición, congruente, abierto y accesible; pronto a poner en práctica las iniciativas y los proyectos viables que le fueran presentados o que él mismo desarrollara; constantemente dispuesto a contribuir y a colaborar en todos los cambios y las adiciones que fomentaran el crecimiento, la mejoría y el avance.

En 2005 Ernesto de la Torre Villar hizo el siguiente resumen, un conciso y certero recuento acerca de su propia y fructífera “vida y trabajos”:

Prosigo con mi curso de doctorado en la Facultad de Filosofía, dirijo tesis, oriento a varios alumnos, reviso libros y nada envidioso ni envidiado continúo con la misión de enseñanza que por vocación he tenido. Doy gracias al Señor que me haya permitido dedicar, ya cerca de setenta años, a esparcir saber y experiencias en la juventud estudiantil. Me siento satisfecho de mi labor docente y agradezco la distinción tanto de instituciones culturales como académicas, de la Lengua, de la Historia, el Seminario de Cultura y otras, nacionales y extranjeras, que me han honrado con sus designaciones. Vivo con mis hijos y nietos hasta finalizar sosegadamente la vida.¹⁸

Retomemos ahora una parte del discurso que don Ernesto pronunció a finales de 1967, cuando se celebró el primer centenario de la Biblioteca Nacional, unas palabras cuyas dirigidas a otras personas en ese entonces, pero que ahora —con el inexorable paso del tiempo y de los hechos— también lo incluyen a él:

La Biblioteca Nacional a partir de su creación ha estado [...] en manos de los mejores mexicanos. Ellos le han impreso su sabia dirección, inteligente actividad y honesto manejo. En épocas de grandes crisis, su honestidad y auténtico amor a la cultura la han salvado. Depositarios auténticos de la sabiduría humana, la han preservado y enriquecido con la propia. Penurias, indiferencias, críticas [...] injustificados ataques, incomprensión de quienes no entienden que los intereses de la institución deben estar por encima de los personales, mala fe, resistencia a las innovaciones, celos injustificados, todo esto han sufrido quienes han tenido en sus manos a la institución, y sin embargo, ella

vigilias y descansos, a penetrar en él como un espíritu penetra al ser amado. Mucha de esa dedicación la debo a mi madre que la propició con alegría”. Ernesto de la Torre Villar, “Advertencia”, en *Breve historia del libro en México*, p. [20].

¹⁸ De la Torre Villar, “Autobiografía”, en *De la vida y trabajos...*, p. [6].

se ha salvado gracias a su labor, decidida vocación por la cultura y plena comprensión de la misión confiada.¹⁹

Recordaremos a Ernesto de la Torre Villar por la ejemplar labor administrativa y de reorganización que efectuó en la Biblioteca Nacional, y también por sentar precedente en el desarrollo e impulso de la bibliotecología moderna en México.

Sin embargo, para conocer mejor a este singular historiador, maestro y humanista pleno, es necesario ir más allá del estudio de la obra que realizó en relación con los libros y las bibliotecas, la cual ya de por sí es cuantiosa.

Sirva el presente texto como una breve muestra para rendir un sentido y merecido homenaje de reconocimiento a la larga y destacada trayectoria intelectual, docente y académica del doctor Ernesto de la Torre Villar, y también para compartir —sucintamente— los numerosos frutos de la noble e incansable labor humanística de nuestro director fundador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

Por último, deseo mencionar que a partir del miércoles 18 de noviembre de 2009 la Sala Mexicana, que resguarda la valiosa colección de impresos mexicanos del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, fue designada “Sala Mexicana Ernesto de la Torre Villar”, con la respectiva ceremonia de develación de placa, gracias a la iniciativa llevada a cabo por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, la Biblioteca y Hemeroteca nacionales de México, y por el Seminario de Cultura Mexicana en coordinación con el Instituto de Investigaciones Históricas, la Facultad de Filosofía y Letras y la Academia Mexicana de la Historia.

Bibliografía

La Biblioteca Nacional de México: testimonios y documentos para su historia. Compilación y edición de María del Carmen Ruiz Castañeda, Luis Mario Schneider y Miguel Ángel Castro, presentación de Vicente Quirarte. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2004, 588 p., il.

De la vida y trabajos. Sea este libro un homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar a sus ochenta y ocho años de edad, compilación de Francisco

¹⁹ De la Torre Villar, “Palabras del director de la Biblioteca Nacional...”, en *La Biblioteca Nacional de México: testimonios y documentos para su historia*, México, UNAM, IIB, 2004, p. 451.

Ziga Espinosa y Ana María Romero, México, UNAM, IIB, Biblioteca Nacional, Hemeroteca Nacional, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, 2005, III, 231, [22] p., il.

TORRE VILLAR, Ernesto de la. "Autobiografía", en *De la vida y trabajos...*, *op. cit.*, p. [1-6].

———, "Cien años de la Biblioteca Nacional", en *México en la Cultura, suplemento de Novedades*, 3a. época, núm. 977 (10 dic. 1967), p. 1-2.

———, "Palabras del director de la Biblioteca Nacional, Ernesto de la Torre Villar, pronunciadas en la ceremonia conmemorativa del primer centenario de la Biblioteca Nacional, 30 de noviembre de 1967", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, t. I, n. 2 (jul.-dic. 1969), p. 11-25.

———, "La Bibliografía", en *Las humanidades en México, 1950-1975*. México: UNAM, Consejo Técnico de Humanidades, 1978, p. 683-785.

———, *Elogio y defensa del libro*, prólogo y notas al discurso de Juan Bautista Valenzuela Velázquez, 3a. ed., México, UNAM, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Coordinación de Humanidades, 1990, 121+15 p., il. (Biblioteca del Editor), p. 13.

———, *Breve historia del libro en México*, México, UNAM, Secretaría General, Coordinación de Servicios Académicos, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 1999, 235 p., il. (Biblioteca del Editor).

VIGIL, José María, "Inauguración de la Biblioteca Nacional. Informe del director", en *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, primera época, t. 1, n. 2 (31 ago. 1904), p. 17-24.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS